

ESMERALDA PÉREZ MARCOS



HISTORIAS DE UNA POLIGONERA

narrativa



LUCÍA

Quiero contar una historia, conocida de primera mano, ya que corresponde a la vida de una gran amiga que me ha dado su autorización para escribirla.

A veces no recordaba cómo debía identificarse ante los clientes, y todo era porque en un breve espacio de tiempo pasó a ocupar puestos de comercial para la misma empresa, unas veces como administrativa comercial y otras como operadora de venta directa. Comenzó a trabajar en una compañía que luego fue comprada por otra, posteriormente a la grande la adquirió otra y así sucesivamente, hasta que en muy pocos años, con el mismo domicilio fiscal, fueron diferentes los nombres que tuvo; eso sí, se fabricaba lo mismo.

Como os podéis suponer, a los clientes los traían locos con tanto cambio, pero ella era el nexo por el que identificarlas.

Lucía ya no era una cría cuando encontró este empleo, había estado seis años sin encontrar nada, después de la regularización de personal que hicieron en la primera empresa en la que trabajó.

Dentro de todo el periodo en que estuvo parada le dio tiempo a tener otro hijo, al que sí que pudo dedicarle la atención que todo bebé necesita. Además, siguió formándose; veía tan difícil que volviesen a contratarle, todo eran pegas; cuando parecía que todo encajaba, venía la pregunta clave:

—¿Tiene hijos?

—Sí, cuatro.

—¿Y su marido qué opina?

—Eso es irrelevante para la opción al puesto de trabajo.

Entonces la cara del entrevistador cambió de color.

—Ya nos pondremos en contacto con usted.

Otra vez más que se quedaba con las ganas.

LLEGÓ LA LOTERIA

Necesitaba trabajar, tenía claro que su vida personal y familiar tenía que cambiar y para ello necesitaba estabilidad económica; no cejaba en su empeño, cuando en los periódicos de fin de semana se publicaban ofertas de trabajo, se las leía de arriba abajo hasta que veía alguna en la que pudiese encajar.

Al fin, un día la convocaron para pasar una selección. Había muchas personas que optaban a ese puesto. Al poco tiempo volvieron a llamarla para confirmar sus conocimientos de francés, y aunque ya hacía muchos años que lo había estudiado, le sirvió para pasar a la siguiente fase.

Estaba feliz, la cosa marchaba, pero un día recibió una carta en la que le decían que habían cogido a otra persona, pero que quedaba en el archivo para posibles oportunidades. Ya sabía lo que significaba, todo iría a la papelera.

Pocos días después, a la hora de la comida, suena el teléfono y «eureka» querían hacerle una nueva entrevista, esta vez ya en la empresa, que estaba interesada en su perfil. Le latía el corazón de una manera desbocada.

Ahí tenía un problema, solucionar cómo llegaba a la empresa, estaba a veinte kilómetros de su domicilio y con una comunicación de autobuses pésima; menos mal que existen amigas con alas de ángeles dispuestas a prestarle su coche, facilitándole ir a la entrevista.

Y así comenzó una nueva etapa; de ser responsable de compras en la empresa donde inició su vida laboral, pasó a ser administrativa comercial, o sea, que había que atender a los clientes en sus llamadas de teléfono, a los vendedores, preparar los albaranes, en fin, todo lo relativo a una relación comercial.

Lo primero fue, como es natural, presentarle a todos los compañeros, explicarle cuál era el funcionamiento de la empresa y a empezar atendiendo el teléfono, porque eran muchas las llamadas que había que contestar.

Era prácticamente imposible de entender lo que pedían los clientes que se les enviase. No entendía nada de nada, le parecía que hablaban en un idioma extraterrestre.

La única compañera que tenía, Isabel, le ayudaba a solucionar los errores que cometía, ya que ella trabajaba en una línea comercial distinta.

Además, el departamento donde empezó Lucía era de reciente creación; la empresa quería cubrir otro tipo de línea de distribución y para ello habían formado una red comercial y necesitaban una persona para la atención y venta telefónica.

Cada día era una aventura para ella, pero no quería en ningún momento flaquear, era la oportunidad de su vida.

Fue pasando el tiempo con más o menos dificultades, no obstante, cada vez se afianzaba más en su puesto de trabajo.

En un momento dado, el jefe del Departamento preparó una reunión comercial, primero para organizar su plan de trabajo con toda la red de ventas, después para que todos se conociesen.

Esa fue una experiencia, al principio se sentía un poco agobiada, organizar la reunión, traslado de los agentes a la Central, localizar un hotel para los alojamientos y que pudiese utilizarse una sala de reuniones.

Lo consiguió, así conoció a todos los compañeros externos con los que tenía que trabajar; lo anecdótico fue que el hotel estaba muy cerca de un tanatorio, tan cerca que desde algunas habitaciones se veían salir los cortejos fúnebres, por lo que a los que eran supersticiosos, eso no les hizo mucha gracia. Menos mal que solo fue para una noche.

Como en casi todos los sitios, suele haber un patoso, y para no ser una excepción, en la primera ocasión en que se vieron, ya hubo por parte de ese personaje la típica expresión machista hacia Julia; pero afortunadamente, tanto el responsable como la mayoría de los compañeros le reprocharon su actitud y ahí quedó la cuestión solucionada, no hubo ningún otro incidente.

Al estar cada vez más implicada con su trabajo, llegó un día en que su jefe le dijo que para una feria del sector que se celebraría en el transcurso de unos meses, convenía que estuviera allí, para hacerse más con los artículos que se vendían, tanto como para conocer en persona a esos muchos clientes con los que ya hablaban telefónicamente.

Lucía aceptó, sobre todo porque cuando le hicieron la entrevista, ya preguntaron si estaría dispuesta a viajar, a lo que respondió que por supuesto. Cuando se diera esa situación, ya vería cómo sortearla. No estaba dispuesta a perder esta oportunidad laboral.

Y llegó. Desde el momento en que se lo comunicaron no dejaba de darle vueltas a la cabeza sobre la manera de enfocar eso a su marido, era un celoso empedernido y sabía que habría problemas, pero dejó pasar los días, aún quedaba tiempo. No quería armar el lío antes de tiempo.

Parece ser que tenía la suerte de cara, aunque solo fuese para ella.

Antes de que llegaran las vacaciones de Semana Santa, su compañera, que había sido su ayuda al inicio, cayó enferma con una lumbalgia que le impedía ir a la fábrica, lo que significaba que si no se podía incorporar para cuando fuese la feria, Lucía no podría asistir, no se podía dejar sin atender las llamadas de teléfono y los pedidos de los clientes, así que para esa feria quedó el

asunto solucionado; menos mal que no había dicho nada en casa.

Pasaron los meses y hubo cambios en la jefatura del Departamento. Entró uno nuevo que, al ir conociendo la labor de los integrantes de la empresa, decidió que Lucía podría empezar a viajar con los delegados comerciales y así visitar a los clientes. Para apoyar esa decisión, le facilitó la ocasión de asistir a un curso de «Técnicas de venta». Ella estaba encantada porque le dieron unas pautas que facilitaban esa nueva labor.

Otra vez se planteaba la situación que tendría en su casa con el marido.

En esta ocasión que tuvo que ir a Ciudad Real; como no había que pernoctar fuera de casa, no hubo demasiado espectáculo, así que se fue en el AVE y una vez allí, la recogió el comercial y allá que se fueron a visitar a unos cuantos clientes. Quedó muy satisfecha con el recibimiento de todos y sobre todo porque se sintió segura de sí misma y eso fue el espaldarazo para un futuro.

Llegó el momento, por un lado, esperado y por otro de preocupación. Se presentaba para el mes de noviembre, una feria del sector en Sevilla, y desde luego que su jefe contaba con su presencia; no sería para todos los días, solo el fin de semana. Tal y como pensaba, la bronca fue de aúpa. Su pensamiento era que se debía de ir a la cama con todos los que acudían allí. Ya se sabe

ese sabio refrán: «Cree el ladrón que todos son de su condición...».

No solo disfrutó del contacto con los clientes que se acercaban a visitar, también aprendió el manejo de algunas de las máquinas que vendían y sobre todo saber explicarlo a quien se interesaba por ellas.

LA FERIA

Para quien no haya ido nunca a una exposición de este tipo, conviene que sepa que los proveedores, además de llevar la documentación pertinente, suelen tener algunos detalles para los que se acercan a visitarles.

Se dio la circunstancia de que se acercó una niña de unos doce años pidiendo que si se le podía dar una gorra de esas con visera. Claro que se podía, pero claro, había que medir bien el qué y a quiénes se repartían los regalos.

—Señorita, ¿me puede dar una gorra?

—Lo siento, cielo, ¿ves que están dentro de una vitrina?, pues no tengo la llave, por lo tanto, ahora no te la puedo dar. Si vienes este domingo, que es cuando cerramos la feria, le diré a mi jefe que te guarde una.

—Señorita, es que me voy al campo con mis padres...

—Entonces, si quieres, me das tu dirección y te la envío por correo.

La niña se fue y Lucía se olvidó del tema.

Llegó el domingo y ahí estaba la niña otra vez.

—Señorita, ¿me va a poder dar una gorra?

—Claro que sí, no una, sino dos, te las has ganado por tu constancia.